

I. LA INVENCIÓN





Fragmentos para un viaje

BELÉN DEL ROCÍO MORENO CARDOZO*

Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá



Fragmentos para un viaje

Resumen

Este texto surge del encuentro de tres materiales de orden diverso: las *Cartas de viaje* de Sigmund Freud, el libro *Freud en Italia*, de Antonietta Haddad y Gérard Haddad, y otro texto, cuyo ordenamiento definitivo no existe: el recuerdo de numerosos recodos de la obra freudiana que no han cesado de hablarme. Con estos fragmentos trato de cernir algo que concierne a la singularidad de la práctica psicoanalítica. Todo comienza, pues, con un viaje.

Palabras clave: arte, Freud, Otro, psicoanálisis, viaje.

Fragments for a Journey

Abstract

This article stems from the meeting point of three materials of diverse order: Sigmund Freud's *Travel Letters*, the book *Freud en Italia*, by Antonietta and Gérard Haddad, and another text, whose definitive ordering does not exist: the remembrance of numerous corners of the Freudian corpus that have not stopped speaking to the author. With these fragments this article attempts to weave together something that concerns the singularity of psychoanalytic practice.

Keywords: art, Freud, journey, Other, psychoanalysis.

Fragments pour un voyage

Résumé

C'est au carrefour de trois matériels d'ordre divers que ce texte résulte : *Cartas de viaje* de Sigmund Freud, le livre *Freud en Italie* d'Antonietta Haddad et Gérard Haddad, et encore un texte, qui ne compte pas sur un ordonnancement définitif : il s'agit de l'évocation de nombreux recoins de l'œuvre freudienne qui ne cesse pas de me parler. C'est avec ces fragments que j'essaie de cerner quelque chose qui concerne la singularité de la pratique psychanalytique. Tout commence, donc, avec un voyage.

Mots-clés : art, Autre, Freud, psychanalyse, voyage.

* e-mail: bdmorenoc@unal.edu.co

Poco más de un año antes de la muerte de su padre, ocurrida en octubre de 1896, Sigmund Freud dio inicio a una larga serie de viajes que tenían como destino Roma y alguna otra región de Italia o de la costa del Mediterráneo. Sus compañeros más frecuentes de viaje fueron Alexander Freud (su hermano menor), Minna Bernays (su cuñada) y Sándor Ferenczi (un discípulo en quien cifró sus esperanzas con relación al legado psicoanalítico). Freud realizaba esos viajes cada año, entre fines de agosto y comienzos de septiembre, y solía tener enorme cuidado en su preparación: con antelación, se entregaba a una minuciosa labor de documentación, así como trazaba con detalle sus itinerarios y, atento, seleccionaba al compañero más adecuado para cada viaje. Sabemos que llevaba un diario donde consignaba sus observaciones; sin embargo, no hay rastro alguno de ese documento. Nos quedan, en cambio, las cartas y postales que diariamente dirigía a Martha Bernays, su esposa, y luego a la familia en su conjunto, una vez sus hijos crecieron. El deleite que le procuraban esos viajes era enorme; en tales ocasiones dejó testimonio de estar siempre exultante, animado por un entusiasmo que en modo alguno experimentaba en Viena. Tal como escribe Minna en una de sus cartas, “[Sig] tiene, no sé cómo, un aspecto magnífico y está alegre como unas pascuas, claro que no para”¹. En efecto, el ritmo en el cumplimiento de sus trayectorias podía ser singularmente vertiginoso: en ocasiones, la aspiración del entusiasta viajero era dormir cada noche en un lugar distinto. Así que sus acompañantes, a la vez que notaban la evidente transformación de su talante, debían acompasar su paso según el ritmo que por entonces lo tomaba. La alegría de Freud durante esos viajes ha de distinguirse, desde luego, de aquel “tibio bienestar” que acompaña la persistencia de toda situación anhelada, a la que se refirió en *El malestar en la cultura*. No hay aquí bienestar tibio sino, como lo dice de manera escueta y rotunda: “Bienestar extremo”. Así le escribe a Martha, desde Roma: “Bienestar extremo, aunque Alex se queda un tanto rezagado”². ¿De dónde procede esta tan rotunda felicidad? Pues bien, Freud le había escrito a Fliess una carta en que le contaba que se había regalado *Ilios*, un libro del arqueólogo Heinrich Schileman; le habló de la felicidad de aquel hombre al descubrir el tesoro de Príamo, para en seguida agregar: “[...] pues la felicidad solo es posible merced al cumplimiento de un deseo infantil. Esto me recuerda que este año no podré viajar a

1. Sigmund Freud, *Cartas de viaje, 1895-1923* (Madrid: Siglo XXI, 2006), 95. Carta desde Landeck, dirigida a Martha Freud, con posdata de Minna Bernays, 6 de agosto de 1898.
2. *Ibid.*, 132. Tarjeta postal desde Roma, dirigida a Martha Freud, 7 de septiembre de 1901.

Italia. Será para otra vez...³. Tenemos entonces que los viajes que realizó Freud, entre 1895 y 1923, son en realidad el cumplimiento de un vehemente deseo que arraigó en él tempranamente. El análisis que Freud presenta de ese deseo hace parte de un regalo que le hizo a Romain Rolland, con ocasión de su septuagésimo aniversario. Freud, para entonces ya octogenario, celebra al escritor haciendo un fino análisis de una perturbación de la memoria que ocurrió cuando, en 1904, se halló ante la Acrópolis. Entonces, en el homenaje a su amigo escritor, Freud entrega también el análisis de su anhelo de viajar:

No cabe duda que mi anhelo de viajar expresaba también el deseo de escapar de esa opresión, a semejanza del impulso que lleva a tantos adolescentes a huir de sus hogares. Hacía tiempo había advertido que gran parte del placer de viajar arraiga en una insatisfacción con el hogar y la familia. Cuando por primera vez se ve el mar, se cruza el océano y se experimenta la realidad de ciudades y países desconocidos, que durante tanto tiempo fueron objetos remotos e inalcanzables de nuestros deseos, siéntese uno como un héroe que ha realizado hazañas de grandeza inaudita.⁴

Al margen, hay que notar que se trata de un homenaje a un escritor cuyo nombre evoca uno de los destinos más frecuentes de sus viajes: Roma. Allí Freud estuvo en siete ocasiones, una vez hubo levantado la inhibición que le impedía entrar en la “ciudad eterna”⁵. De ese breve análisis ya podemos derivar la implicación de dos asuntos: el deseo de viajar arraiga, en principio, en una huida, para después conducir a lo desconocido de *Otra parte*. Hay que decir, sin embargo, que a veces la huida no es sino la forma más segura de encontrarse con aquello de lo que se quería escapar; bucle este que se cierra sobre sí mismo, sin el más mínimo asomo a *Otra cosa*. Tal lo que le sucede, al comienzo de su periplo, a Norberto Hanold, personaje literario hecho famoso por el estudio que Freud le dedicó a *La Gradiva*. Este personaje huye de una temprana inclinación amorosa, para terminar, después de un viaje —también a Italia—, encontrándose con la muchacha de quien escapaba, sin saberlo. Freud dice que el azar del encuentro con la joven en Pompeya, “adquiere un bello sentido poético no muy apartado de lo efectivo, que refleja aquella fatalidad singular, pero frecuente en la vida humana, que convierte nuestra huida en el modo más seguro de tropezar con aquello que deseábamos eludir”⁶. Habrá que decir que la dimensión poética del recurso permite localizar también la dimensión patética de la huida. Hay acaso siempre un *pathos* que alienta tras los desplazamientos y puede hacer de estos la ocasión propicia para todas las emboscadas de la repetición. Pero, también partiendo del *pathos*, el viaje crea la posibilidad de la apertura a una alteridad hasta ese momento ignorada.

Por otra parte, en el homenaje que Freud rinde a Romain Rolland, nos indica con una palabra la implicación corporal con la que habremos de contar para examinar



3. Carta 107 a Fliess del 28 de mayo de 1899. Sigmund Freud, “Los orígenes del psicoanálisis”, en *Obras completas*, vol. III (Madrid: Biblioteca Nueva, 1981), 3620.
4. Sigmund Freud, “Un trastorno de la memoria en Acrópolis (Carta abierta a Romain Rolland en ocasión de su septuagésimo aniversario)”, en *Obras completas*, vol. III (Madrid: Biblioteca Nueva, 1981), 3333.
5. En efecto, los viajes de Freud a Italia iniciaron en 1895 y solo hasta 1901 fue a Roma.
6. Sigmund Freud, «El delirio y los sueños en “La Gradiva” de W. Jensen», en *Obras completas*, vol. II (Madrid: Biblioteca Nueva, 1981), 1305.

la cuestión del viaje; dijo entonces —recordémoslo—: “[...] cuando se *experimenta* la realidad de ciudades y países desconocidos”. Es evidente que el viajero trastea con su cuerpo a otra parte y que esa *experiencia* implica un engarce pulsional que puede ser la ocasión para el verdadero transporte que entonces ocurra: el viajero recordará el olor salobre del mar, el gusto inconfundible de aquel vino, el vértigo anonadante cuando asomó al acantilado... Recordará que ello tuvo un lugar y una ocasión. Freud, aún tomado por las sensaciones de cada jornada, en el momento de llegar a su alojamiento, escribía sus impresiones, que de inmediato enviaba a sus corresponsales. Algunas de esas impresiones dan cuenta de sus deleites gastronómicos; así, desde Siena, antes de ir a la famosa ciudad de Orvieto, le escribe a Martha: “Humor y estado de ánimo excelente [...]. Tengo que añadir que ayer comimos excelentemente en Livorno. Me vuelvo tan materialista”⁷. Otras impresiones son relativas al paisaje: por ejemplo, cuando habla de las playas de Rapallo, a las que se refiere como un “limo fino por el que se puede caminar un cuarto de hora con la cabeza fuera del agua, y un poco más allá hay unos magníficos arrecifes como los [de] Capri, piscinas naturales en las que puedes sumergirte, tapices de roca inclinados, sobre los que puedes revolcarte como un monstruo blöckiano [...]”⁸. También, en otro momento, habla de la singular impresión que le causa mirar el mar; cuando, en 1904, Freud viaja por el Adriático a bordo del *Urano*, registra la satisfacción procurada por otra sensación simultánea a la mirada del mar: “No se hace nada: mirar eternamente las pequeñas olas con sus blancas crestas, y el constante y leve entrechocar con el barco, en realidad su vibración, narcotiza las inquietas fuerzas anímicas”⁹. Entonces, Freud mira mientras el incesante ritmo del movimiento lo apacigua. En este punto no puedo evitar recordar, con relación a los efectos del suave entrechocar de las olas, las consideraciones que unos meses después publicó en *Tres ensayos para una teoría sexual* sobre la tributación que rinden las excitaciones mecánicas a la pulsión sexual y sobre la importante cuestión del ritmo en lo que a la conquista de la meta pulsional se refiere. Pero, además, Freud dice que mira eternamente... Sin duda, fue lo que le procuró mayores deleites en sus viajes: mirar, mirar eternamente. Aquello que mira con insistencia, lo que lo extasía y lo embriaga, en ocasiones hasta el raptó y la parálisis, más que el paisaje, es el arte: en especial, la pintura, la escultura y la arquitectura. En Venecia, goza “hasta la saciedad de tintoretos, tizianos y canovas”¹⁰; en Bolonia ve “el cuadro más bello de Rafael: *Santa Cecilia*”¹¹; en Florencia, la ciudad de “la fascinación increíble”, dice que “los tesoros están en la calle por todas partes”¹²; en Siena, se encuentra ante “las pinturas bellísimas de Sodoma”¹³ de Giovanni Antonio Bazzi. Luego de una de sus jornadas en Roma, dice sentir “un agradable cansancio después de tanto mirar”¹⁴. Este listado podría continuar, puesto que es vastísimo, pero lo que advertimos es que se trata de una experiencia

7. Freud, *Cartas de viaje, 1895-1923*, 75.

8. *Ibíd.*, 196. Carta desde Rapallo dirigida a Alexander Freud, 17 de septiembre de 1905. En papel timbrado del Gran Hotel de Savoia.

9. Freud, *Cartas de viaje, 1895-1923*, 174. Carta escrita a bordo del “Urano” y dirigida a Martha Freud. En papel de carta de Freud, 1 de septiembre de 1904.

10. *Ibíd.*, 38. Carta desde Venecia, dirigida a Martha Freud, 27 de agosto de 1895.

11. *Ibíd.*, 52. Tarjeta postal desde Bolonia, dirigida a Martha Freud, 2 de septiembre de 1896.

12. *Ibíd.*, 56. Tarjeta postal desde Florencia, dirigida a Martha Freud, 5 de septiembre de 1896.

13. *Ibíd.*, 76. Tarjeta postal desde Siena, dirigida a Martha Freud, 7 de septiembre de 1897.

14. *Ibíd.*, 207-208. Tarjeta postal desde Siena, dirigida a la familia, 18 de septiembre de 1907.

que lo sobrepasa. No pocas veces dijo: “Esto es lo más bello que he visto”, y no pocas veces tuvo que corregirse cuando se enfrentaba con otra impresión que lo desalojaba de su primera afirmación. De la violencia de sus arrobamientos pasó a la persistencia de un deleite estético donde pronto prendió un deseo que lo dirigía allende lo que veía: “La novedad y la belleza del arte te compensan muchísimo de todo [se refiere con ello a las penalidades del viaje en ferrocarril, al que por cierto le tenía fobia]; pero llega un momento con el arte en que flotas en un disfrute uniforme, crees que tiene que ser así, ya no se producen estados de éxtasis, cuando las iglesias, las madonas, las penalidades de Cristo se tornan indiferentes y se anhela algo distinto, no se sabe muy bien qué”¹⁵. Interesa aquí, más que la sustitución del éxtasis por un deleite plano y uniforme, el surgimiento de un anhelo de no se sabe qué. Aspiración esta que, como diría Burke, el filósofo de lo sublime, ya “no condesciende con el actual objeto de los sentidos”¹⁶, y entonces lo catapulta en dirección a una apetencia al tiempo *certissima* e incommensurable. Sabemos por Freud un nombre más preciso para ese anhelo de no se sabe qué: deseo. Entonces, los brillantes adjetivos con que calificaba las obras que lo impactaban —“bello”, “magnífico”, “maravilloso”, “cautivador”, “hermoso” o “divino”— comenzarán a acompañarse con palabras que dan cuenta de un desfallecimiento en el decir. Septiembre 5 de 1901, en Roma: en la mañana, Museo Nazionale, luego, en la tarde, paseo por la vía de los sepulcros, “increíblemente cautivadora, hermosa, evocadora”¹⁷, en la noche “magnífica tormenta”, al día siguiente, la Cámara de los Diputados. “En resumen: *indeciblemente* magnífico”¹⁸. Al día siguiente, después de una serie suculenta y abrumadora en que visita el Panteón, y aprecia las obras de Rafael y *El Moisés* de Miguel Ángel, su jornada termina con una puesta de sol vista desde el monte Gianicolo; entonces, solo le resta consignar en una postal: “Supera todo lo que se pueda decir; nunca me había sentido tan bien”¹⁹. El goce estético, fundamentalmente escópico, causa un deseo que lo traslada a un nuevo umbral.

En este punto resulta oportuno referirnos al bello trabajo de Antonietta y Gérard Haddad: *Freud en Italie*²⁰. Plantean los autores que justamente el estatuto de sujeto deseante sobrevino para Freud gracias a lo que el arte italiano, en particular en su registro plástico, le proveyó. Este arte le entregó lo que, por ascendencia, no podía recibir, puesto que se trataba de un elemento faltante, hasta un cierto momento, en la cultura judía. El arte clásico, en especial el arte del Renacimiento, le habría permitido a Freud evitar la catástrofe espiritual que hubiera sobrevenido como efecto de sus descubrimientos. Como sabemos, no pocos hombres de ciencia han sucumbido apenas alteran con sus descubrimientos un orden de mundo conocido. En el caso de Freud, se trata desde luego del descubrimiento del complejo de Edipo, declarado públicamente en *La interpretación de los sueños*. Ese descubrimiento está íntimamente



15. *Ibíd.*, 60. Carta desde Florencia, dirigida a Martha Freud, 7 de septiembre de 1896.
16. Edmund Burke, *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo bello y lo sublime* (Madrid: Tecnos, 1987), 57.
17. Freud, *Cartas de viaje, 1895-1923*, 128. Tarjeta postal desde Roma, dirigida a Martha Freud, 5 de septiembre de 1901.
18. *Ibíd.*
19. *Ibíd.*, 130. Tarjeta postal desde Roma, dirigida a Martha Freud, 6 de septiembre de 1901.
20. Antonietta Haddad y Gérard Haddad, *Freud en Italie, Psychanalyse du voyage* (Paris: Hachette, 2005).

ligado con sus viajes a Italia, con su amor por esa tierra. Los Haddad encuentran en la condensación AMARTALIA el algoritmo reprimido que une los nombres propios de la madre y la esposa de Freud: Amalia y Martha... Poco se requiere para pasar de allí a AMAR-ITALIA, pero ese poco es mucho, puesto que introduce una l adicional; esa letra hiende la fórmula y con ello introduce en el nivel que corresponde, esto es en el de la letra, la castración, y así hace posible el acceso al estatuto de sujeto deseante. Según los citados autores, estos viajes a Italia están implicados de manera fundamental en el surgimiento mismo del psicoanálisis.

En efecto, en la tercera temporada de vacaciones en que Freud viaja a Italia, esto es en 1898, ya atisba oscuramente que estos encuentros con los objetos de arte habrán de producir consecuencias: “La multitud de cosas bellas que se ven producen [sic] alguna vez no se sabe qué fruto”²¹. Tenemos, entonces, que un número apreciable de textos surgieron de los encuentros acontecidos en Italia. Así, el famoso olvido del nombre del pintor de los frescos de la catedral de Orvieto, Signorelli, da lugar a dos textos que narran la misma desmemoria de dos maneras diferentes: “Sobre el mecanismo psíquico del olvido” y “El olvido de los nombres propios”, que es el primer capítulo de *Psicopatología de la vida cotidiana*. Luego, se ocupa del arqueólogo de *La Gradiva*, cuyo nudo principal transcurre en Pompeya. Hay que decir que el mismo año en que publicó su análisis de la novela de Jensen, 1907, tuvo la alegría de encontrarse con el bajorrelieve que obsesionó al personaje novelesco: “Imagínate la alegría, cuando después de una soledad tan larga, me he encontrado hoy, en el Vaticano, con una cara conocida. Pero el reconocimiento ha sido unilateral, pues se trataba de la Gradiva en lo alto de una pared”²². Luego, dedicó un arduo texto a “Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci” y al análisis de algunas de sus pinturas. Diez años después de haber visto por primera vez *El Moisés* de Miguel Ángel, en la catedral de San Pietro in Vincoli, escribió un artículo para descifrar la colérica expresión del héroe bíblico. Incontables ocasiones subió las escalinatas que lo condujeron hasta la pieza marmórea para allí intentar sostener la mirada del legislador judío, hasta que, finalmente, en 1913, escribió el texto con el que enfrentó el enigma. Aun en su trabajo sobre “Lo siniestro” recuerda un episodio angustioso ocurrido mientras exploraba una ciudad italiana:

Cierto día, al recorrer en una cálida tarde de verano la calles desiertas y desconocidas de una pequeña ciudad italiana, vine a dar a un barrio sobre cuyo carácter no pude quedar mucho tiempo en duda, pues asomadas a las ventanas de las pequeñas casas solo se veían mujeres pintarrajeadas, de modo que me apresuré a abandonar la callejuela tomando el primer atajo. Pero después de haber errado sin guía durante algún rato, me encontré de pronto en la misma calle, donde ya comenzaba a llamar la atención; mi apresurada retirada solo tuvo por consecuencia que, después de un nuevo rodeo,

21. Freud, *Cartas de viaje, 1895-1923*, 112.
Carta desde Milán, dirigida a Martha Freud, 15 de septiembre de 1898.

22. *Ibíd.*, 224. Tarjeta postal desde Roma, dirigida a Martha Freud, 24 de septiembre de 1907.

vine a dar allí por tercera vez. Mas entonces se apoderó de mí un sentimiento que solo podría calificar de siniestro, me alegré cuando, renunciando a mis exploraciones, volví a encontrar la plaza de la que había partido.²³

Este episodio queda inscrito en su reflexión teórica para preparar la gran mutación que llega con el concepto de pulsión de muerte, hecha pública en *Más allá del principio del placer*. La narración de lo ocurrido en esa pequeña ciudad le entrega un material que, junto con otros, queda consignado bajo la rúbrica del *retorno involuntario al mismo lugar*, de donde Freud colegirá el automatismo de repetición que domina la actividad inconsciente y es inherente a la esencia misma de la pulsión.

Ahora quiero referirme a un detalle harto elocuente, consignado en una tarjeta postal que Freud envía a Martha desde Roma, en su primer viaje a esta ciudad. La fecha en que ocurre el que prefiero ahora llamar *acontecimiento* es el 4 de septiembre de 1901. Sin tener mucho tiempo para escribir, porque las maravillas que encuentra lo solicitaban poderosamente, le cuenta a su esposa lo que hizo ese día: “Hoy he metido la mano en la boca de la *Verità* y he hecho el juramento de que volveré”²⁴. La famosa boca es una placa de mármol que representa al dios Fauno; está ubicada actualmente en la iglesia de Santa María de Cosmedín. Dice Chrisfried Tögel, el editor de las *Cartas de viaje*, que era un sitio visitado por los romanos para allí hacer sus juramentos. Antes que querer saber sobre el juramento que hizo Freud, interesa el acto mismo de meter la mano en la boca de la Verdad, gesto al parecer repetido en varias oportunidades... Incontables quizá, según veremos. Si la cuestión de la verdad implica que esta habla²⁵, entonces, Freud metió la mano en el lugar mismo desde donde ella se profiere. Todo ocurre como si este fuera el episodio, en vigilia, de lo que había sido realizado en el famoso sueño inaugural de la inyección de Irma. Recordemos: Irma se queja de dolores en la garganta, el vientre y el estómago. Freud, asustado, la ve pálida y abotagada; entonces, se dispone a examinarla, la conduce hacia una ventana para reconocerle su garganta. Irma se resiste un poco y luego abre bien la boca y Freud ve allí unas escaras grisáceas²⁶... Con el análisis de este sueño, Freud va más allá del horror y con la *escritura*, no solo del sueño y de su análisis, sino de *La Interpretación de los sueños* y, más allá, de toda su obra, *él mete la mano en la boca de la verdad*. Quizá por eso soñó, para la entrada de su apartamento de la 19 Bergasse, Distrito 9 de Viena, con una placa en mármol que dijera:

Aquí, el 24 de julio de 1895,
se le reveló al Doctor Sigmund Freud
el enigma de los sueños²⁷.



23. Sigmund Freud, “Lo siniestro”, en *Obras completas*, vol. III (Madrid: Biblioteca Nueva, 1981), 2495.
24. Freud, *Cartas de viaje, 1895-1923*, 127. Tarjeta postal desde Roma, dirigida a Martha Freud, 4 de septiembre de 1901.
25. Evoco en este punto las palabras que Lacan le hace decir a la verdad en “La cosa freudiana o el sentido del retorno a Freud en psicoanálisis”: “Yo, la verdad, hablo”. Jacques Lacan, *Escritos 1* (México: Siglo XXI, 2002), 391.
26. Sigmund Freud, “La interpretación de los sueños”, en *Obras completas*, vol. I (Madrid: Biblioteca Nueva, 1981), 412.
27. Sigmund Freud, “Los orígenes del psicoanálisis”, en *Obras completas*, vol. III (Madrid: Biblioteca Nueva, 1981), 4643.

Digamos, ahora, que al año siguiente de la publicación de la obra inaugural del psicoanálisis, Freud encontró, en Roma, una gran placa de mármol que bien habría podido conmemorar su acto: la tremenda boca de la *Verità*, a la que en seguida tanta afición le cobró. Y que, entonces, cuando se trate de conmemoraciones, habrá que acompañar el 24 de julio de 1895 con esta otra fecha: 4 de septiembre de 1901.

Volviendo a Roma, recordemos que fue el lugar que Freud más visitó; allá estuvo en sus vacaciones de 1901, 1907, 1910, 1912, 1913 y 1923. Fue el sitio que anheló para su vejez, en un momento en que las dos grandes guerras aún no habían constituido de manera fatal la entraña insensata del siglo xx. Volvamos, entonces, al nombre de la ciudad eterna: Roma. Gérard y Antonietta Haddad plantean que seguramente las letras de Roma hacían resonar, según el palíndromo “Amor a Roma”, acuñado por Rutilio Namaziano —que quizá Freud conocía, pero que nunca utilizó—, los asuntos del amor incestuoso inscrito en la fórmula literal reprimida [AMARTALIA], y que ello explicaría la extraña inhibición que le hizo evitar por tanto tiempo ir a esta ciudad. Después de leer las agudas observaciones de estos autores, quiero ahora proseguir por otra vía con esta pregunta: ¿qué es Roma para Freud? Tomaré el asunto por otro sesgo, derivado también de lo que se encuentra en los textos de Freud. En *El malestar en la cultura*, evoca a Roma para construir una metáfora con la cual transmitir cómo nada de lo una vez formado en la vida psíquica se borra, cómo todo se conserva y puede volver a surgir en circunstancias favorables. Entonces, Freud se ocupa allí de la cuestión de la memoria implicada en la operación de la represión, que no anula el recuerdo; antes bien, es una forma de memoria de una eficacia insospechada. Para explicar las implicaciones de tal formulación toma como ejemplo la evolución de Roma; escribe sobre los distintos momentos históricos de la ciudad: la *Roma quadrata*, el *Septimonium*, la ciudad amurallada de Servio Tulio, las transformaciones ocurridas durante la República y el Imperio. En seguida, imagina a un turista dotado de los más completos conocimientos históricos y topográficos que podría reconocer, en la actual metrópoli, la conservación de antiguas construcciones, sus reformas, sus restos. Freud sitúa así las modalidades de conservación del pasado que ofrecen los lugares históricos como Roma. Este conocedor supuesto también notaría, por su ausencia, la destrucción de templos y edificios. Partiendo de allí intenta aislar las particularidades de la conservación de la memoria en la vida psíquica; para ello se entrega a una fantasía que también tiene por escenario a Roma:

Supongamos ahora, a manera de fantasía, que Roma no fuese un lugar de habitación humana, sino un ente psíquico con un pasado no menos rico y prolongado, en el cual no hubiese desaparecido nada de lo que una vez existió y donde junto a la última fase

evolutiva subsistieran todas las anteriores. Aplicado a Roma esto significaría que en el Palatino habrían de levantarse aún, en todo su porte primitivo, los palacios imperiales y el *Septizonium* de Séptimio Severo; que las Almenas de *Castel Sant'Angelo* todavía estuvieran coronadas por las bellas estatuas que las adornaron antes del sitio por los godos, etc. Pero aún más, en el lugar que ocupa el *Pallazzo Caffarelli*, veríamos de nuevo, sin tener que demoler este edificio, el templo de Júpiter Capitolino, y no solo en su forma más reciente, como lo contemplaron los romanos de la época cesárea, sino también en la primitiva etrusca, ornada con antefijos de terracota. En el empalizamiento actual del Coliseo podríamos admirar, además, la desaparecida Domus áurea de Nerón. [...] Y bastaría que el observador cambiara la dirección de su mirada o su punto de observación para hacer surgir una u otra de estas visiones. Evidentemente, no tiene objeto seguir el hilo de esta fantasía, pues nos lleva a lo inconcebible y aún a lo absurdo. Si pretendemos representar espacialmente la sucesión histórica, solo podremos hacerlo mediante la yuxtaposición en el espacio, pues este no acepta dos contenidos distintos. Nuestro intento parece ser un juego vano, su única justificación es la de mostrarnos cuán lejos nos encontramos de poder captar las características de la vida psíquica por medio de la representación descriptiva.²⁸

Creo que resulta bastante claro quién es el turista a quien Freud supone dotado de los más completos conocimientos históricos y topográficos sobre Roma; esta es solo una muestra de que preparaba sus viajes documentándose de la manera más amplia y rigurosa; desde luego, no solo con la famosa guía Baedeker que llevaba consigo durante sus viajes. Retomemos, entonces, nuestra pregunta: ¿qué es Roma para Freud? Él mismo la ha contestado: no solo un lugar de habitación, sino un *ente psíquico* dotado de un pasado rico y prolongado. Como *ente psíquico* es la localidad que le permitió —puesto que estaba íntimamente comprometido con ella— pensar la extraña habitación humana. Pensar, entonces, lo impensable, lo absurdo, lo inaceptable para la conciencia que solo admite lo no contradictorio; pensar, entonces, cómo es que con relación a la misma representación, en el mismo sitio, pueden coexistir predicados no solo diversos, sino contrarios, cómo es que la primera fuerza auxiliadora es también la primera potencia hostil y, además, el primer objeto satisficente, cómo es que en el síntoma hay satisfacción y al mismo tiempo prohibición, cómo es que lo *Unheimlich* es en su fundamento *Heimlich*... Entonces, advertimos que Freud se encuentra con el límite de la descripción a la hora de representar espacialmente la compleja estructura de nuestra vida psíquica. Se sabe que tanto con la descripción como con la representación geométrica no encontró solución para hacer visibles las extrañezas reveladas por la clínica. Sabemos también que el asunto se le volvió tormento



28. Freud, “El malestar en la cultura”, en *Obras completas*, vol. III (Madrid: Biblioteca Nueva, 1981), 3020-3021.

tempranamente. En efecto, en la época de sus trabajos con Breuer, le escribía a su colega: “Me atormento con el problema de averiguar cómo es posible representar de manera plana, bidimensional, algo tan corporal como nuestra teoría de la histeria”²⁹. Estas dificultades en el nivel de la representación harán necesaria otra escritura: será aquella que Lacan incluirá con la topología.

Algo ha quedado hasta acá suspendido: la relación de Freud con la ciudad a la que tenía que volver después de sus felicidades italianas. Así, pues, vale la pena preguntarse ¿qué valor le concedía a Viena? Esta ciudad era para él una prisión que terminó, sin embargo, por querer. Tal es la declaración que hace cuando, exiliado, llega a Londres, en 1938: “La sensación de triunfo que produce la liberación se mezcla demasiado fuerte con la tristeza, ya que siempre se ha sentido amor por la prisión de la que uno se ha liberado”³⁰. El recluso es también el excluido, el proscrito, y fue justamente eso lo que los círculos científicos vieneses crearon respecto de su obra. Quizá por ello, para amoblar su exclusión, traía de sus viajes estatuillas de diversas procedencias, cuadros, reproducciones en piedra y escayola, que fueron al comienzo “fuente de una enorme confortación”³¹ y acaso luego cumplieron otro propósito... Estos objetos no estaban en todo el apartamento, solo en sus dos cuartos de trabajo: su consultorio y su estudio. Quizá hayan sido la memoria de la alteridad necesaria para su trabajo clínico y para la escritura de su clínica. Las otras habitaciones de la casa estaban decoradas “bajo el estilo común de principios de siglo, con pesados muebles contemporáneos y cantidades de fotografías familiares”³². Forrester, un historiador y filósofo de la ciencia que se ha ocupado de la colección de objetos de arte de Freud, sostiene, de manera insuficiente, que el interés de Freud por estas piezas era puramente histórico antes que estético. Basta leer las *Cartas de viaje* para saber que Freud no solo se ilustraba sobre el arte que le interesaba, también el deleite estético lo agitaba *realmente, corporalmente*. Ya señalé cómo en la apreciación de los objetos de arte era transportado por las emociones que experimentaba. Una referencia más sobre este punto para que quede bien claro que la cuestión del goce estético es crucial en los viajes de Freud: “La sensación en cuanto llegamos a Florencia es que la ciudad te oprime y se apodera de ti [...]”³³, le decía a Martha. Luego, cuando llegaba a su casa con una nueva pieza para su colección, no la depositaba como un objeto más entre los otros; el mismo Forrester cuenta que “la llevaba al comedor, la colocaba ante la mesa frente a él y comulgaba con ella en silencio durante el almuerzo”³⁴.

Dispongamos, ahora, en términos más amplios y generales, los elementos de que nos venimos ocupando, para luego volver a nuestro asunto más particular. El viajero deja la tierra familiar y conocida para ir al extranjero; entonces, llega a tierras extrañas y tiene contacto con desconocidos. Esos han sido para él los extranjeros, pero es evidente que,

29. Carta de Sigmund Freud a Josef Breuer del 29 de junio de 1892, citada por Juan David Nasio, *Los ojos de Laura. El concepto de objeto a en la teoría de Jacques Lacan* (Buenos Aires: Amorrortu, 2006), 123.

30. Freud, *Cartas de viaje, 1895-1923*, 12.

31. *Ibíd.*, 2. Carta a Fliess de 1895.

32. John Forrester, *Sigmund Freud. Partes de guerra, el psicoanálisis y sus pasiones* (Barcelona: Gedisa, 2001), 120.

33. Freud, *Cartas de viaje, 1895-1923*, 60. Carta del 7 de septiembre de 1896 desde Florencia, dirigida a Martha Freud.

34. Forrester, *Sigmund Freud. Partes de guerra*, 130.

alojado allí por un tiempo, habrá de advertir que ahora él es el extranjero. Es entonces cuando el viaje abre la posibilidad del encuentro con lo extraño y lo extranjero que el viajero mismo porta. Para cuando vuelva de su recorrido traerá *souvenirs* de ese paso por *Otra parte*: sus recuerdos y acaso un objeto que sea la memoria corporizada de una alteridad que en algún punto también resultó ser la suya. Freud incluyó en su casa, en su hábitat doméstico, lo extranjero: tres mil piezas de una colección de objetos preciados, pero cesibles, puesto que podía regalarlos o intercambiarlos. Pero allí también acogió lo extranjero que tocó a su puerta con “un cuerpo extraño”, cuya articulación de lenguaje le entregó el hilo de Ariadna para el descubrimiento del inconsciente. Lo aborrecible encontró en la 19 Bergasse un lugar para hablar. Hay que recordar que ese fue el adjetivo con que los psiquiatras de la época calificaron el padecimiento histérico: “La enfermedad aborrecible”, según una de las rancias nomenclaturas de la segregación. A partir de que lo aborrecible fue escuchado —puesto que desde siempre habló—, una profunda mutación se ha operado...

Así las cosas, un vínculo estrecho parece adivinarse entre la extranjería que comporta el viaje y la Otra escena del inconsciente. “¿Por qué en definitiva esta necesidad de un rodeo por una tierra extranjera para acceder a las zonas más secretas de su alma? [se preguntan los Haddad] Esta coacción que parece estructural revela una característica del sujeto freudiano, sujeto del inconsciente en tanto sujeto del exilio”³⁵. Creo conveniente desagregar el sintagma “sujeto del inconsciente”, para distinguir allí lo deshabitado y lo habitable. Por un lado, lo deshabitado del saber inconsciente y, por otro lado, lo habitable del sujeto porvenir, a condición de que se lo escuche. En primer lugar, entonces, aparece ese saber inconsciente que “sigue determinadas trayectorias regulares y enteramente calculables”,³⁶ tal como Freud lo planteó en *Psicopatología de la vida cotidiana*. Con su obra, el inconsciente dejó de designar la faz nocturna de la que hablaron los románticos alemanes, tampoco aludió simplemente a lo que, en determinado momento, está privado de conciencia. Vale la pena recordar la palabra alemana que designa el inconsciente, *Das Unbewusste*, para insistir en que se trata de un saber no sabido, y no simplemente aquello privado de conciencia. En segundo lugar, dado que el inconsciente descubierto por Freud hizo necesaria su presencia de analista, para que esos pensamientos que no pudieron ser desalojados fueran por fin escuchados, cada cura habrá de contar con ese factor necesario a la existencia misma del inconsciente, puesto que este implica que se lo escuche³⁷. Solo en esas condiciones, esa existencia de insistencia que es el saber inconsciente podrá abrir el espacio necesario al advenimiento del sujeto. Entonces, esos recuerdos deshabitados, que volvían con terca insistencia, encontrarán el sujeto que les conviene.



35. Haddad y Haddad, *Freud en Italie*, *Psychanalyse du voyage*, 124.

La traducción es mía.

36. Sigmund Freud, “Psicopatología de la vida cotidiana”, en *Obras completas*, vol. 1 (Madrid: Biblioteca Nueva, 1981), 756.

37. Jacques Lacan, *Psicoanálisis. Radiofonía y televisión* (Barcelona: Anagrama, 1977).

Lo planteado hasta aquí admite, desde luego, otra aproximación. Tal como Freud lo señaló en su trabajo sobre lo siniestro, en lo *Heimlich*, en lo doméstico y familiar, puede emerger lo *Unheimlich*, lo ominoso, lo espantoso. De modo que en el lugar más familiar yace lo más ajeno. Podríamos recurrir de nuevo al cuento de Hoffman para ilustrar el asunto, pero quizá nuestra psicopatología cotidiana nos entregará la medida primera y justa de la cuestión: habitamos el lenguaje y, creyéndolo lo más familiar, nos resulta al tiempo lo más ajeno, pues porta una lógica que para nada gobernamos y cuyas operaciones se nos escapan por doquier, para entonces solo terminar padeciendo sus efectos. Habitamos el lenguaje y el trazado de su marca anticipa y perfila lo que el poeta Mutis llamó “la pulida uña del síntoma”³⁸, que determina entonces que “nuestro” cuerpo nos resulte siempre Otro.

De allí que el extranjero con que nos topamos durante el viaje no sea más que la reducción imaginaria de algo que ahora nos es forzoso plantear en otro nivel. Por eso, el extranjero, el bárbaro, el enemigo no son más que las figuras que prolongan la cuestión de un narcisismo amenazado en su unidad. En el mismo registro imaginario podemos ubicar cierta infatuación que resulta del pulimento narcisista que, a veces, es el único resultado de un viaje. Así, pues, en ese nivel puramente imaginario, el viaje puede quedar aplanado, bien en el encuentro con otro distinto que puede incluso llegar a verse monstruo, bien en la provisión de los recursos orientados hacia un pavoneo narcisista que se exhibirá en el momento del retorno. La cuestión que aquí interesa va más allá; en efecto, hay ciertas circunstancias en que los análisis requieren del desplazamiento a otra tierra y a otra lengua; tal vía se vuelve entonces el recurso necesario para producir la separación de lo que en la lengua materna vocifera. En otros casos, se trata de la anticipación de la insuficiencia de la lengua natal para decir la causa del sujeto, atisbo que luego habrá de extenderse a la lengua del Otro. De allí que para plantear esta extimidad en el nivel que corresponde, esto es en el nivel del Otro, es necesario tener presente nuestra rareza: lo insólito del animal humano es que habla y esa materia tan familiar le resulta, al tiempo, itan ajena!, itan extraña! Es, pues, con esa única materia que el analizante habrá de realizar el transporte de su viaje.

¿Qué permite, entonces, un análisis respecto de tan íntimo desalojo? Cuando un analista interpreta a su analizante, citando el decir que este recién profiere, lo cual equivale a un sencillo “tú lo has dicho”³⁹, abre el camino para que ese saber, efecto de la infernal máquina simbólica, pueda por fin ser subjetivado: allí encontrará, como en un relámpago, el sujeto que tome a su cuenta ese decir, con el efecto de división que produce. La interpretación, como lo plantea Lacan en el seminario *El acto psicoanalítico*⁴⁰, no es interpretación del mundo, sino interpretación de algo que habría tenido un lugar en el discurso del analizante sin que él lo supiera. Así, pues, mediante

38. Álvaro Mutis, “Pregón de los hospitales”, en *Reseña de los hospitales de ultramar, Obra poética* (Bogotá: Arango Editores, 1993), 103.

39. Palabras con que Pommier se refiere a los pequeños signos que manifiesta el analista para producir el efecto sujeto. Gérard Pommier, *En qué sentido el psicoanálisis es revolucionario* (Bogotá: Asociación Lacaniana de Analistas de Bogotá, Aldabón, 1997), 61.

40. Jacques Lacan, *L'acte psychanalytique, Séminaire 1967-1968* (Paris: Publication hors commerce, Association Freudienne Internationale, 1997), 305.

la operación analítica, recuerdos deshabitados e insistentes, con el cortejo de goce que portaban, hallarán un habitante. Esta, en todo caso, es una operación radicalmente ajena al variopinto arsenal terapéutico de nuestra época, cuya barahúnda forclusiva implica el desalojo del sujeto: la química del organismo que lo suplanta conduce de manera inexorable al silenciamiento.

Ahora bien, dado que esta singular habitación del sujeto en el lenguaje no tiene un lugar fijo, lo único que puede vectorizar el efecto sujeto es la causa del deseo, de la cual justamente este se encuentra exiliado. He aquí los términos de nuestra operación: la habitación en el lenguaje equivale al exilio del objeto. De modo que esta práctica, que extrae al hablante de la miseria psicológica, es al tiempo habitación consentida y exilio forzoso.

Las condiciones discursivas de nuestra época han trazado, sin embargo, ciertas coordenadas para que ni lo uno ni lo otro tenga lugar: ninguna habitación para el hablante y menos aún un lugar para el exilio de objeto. Toda suerte de objetos protéticos ha venido a ensamblar el cuerpo de la frágil criatura humana. La imagen que Freud anticipó en *El malestar en la cultura* da buena cuenta de la miseria psicológica del individuo en la actualidad más inmediata: “el hombre ha llegado a ser, por así decirlo, un dios con prótesis: bastante magnífico cuando se coloca todos sus artefactos, pero estos no crecen de su cuerpo y a veces le procuran muchos sinsabores”⁴¹. Esta figurilla, entre patética y conmovedora, expresa a cabalidad la actual miseria causada por ese discurso sin lazo que la determina, el discurso capitalista: un individuo sin alteridad, solitario, replegado en un narcisismo armado gracias a los pomposos objetos de la técnica. Quizá, para algunos de estos diositos con prótesis, el único resquicio por donde su asunto puede ser relanzado es aquel que Freud mismo señaló en esta descripción: sus *gadgets* pueden procurarle sensibles decepciones... Partiendo de esas decepciones, quizá, se articule una queja y, quizá, esa queja pueda ser dirigida y, quizá, también pueda ser escuchada y, quizá... Y quizá, entonces, otros viajes sean posibles.

POST SCRIPTUM

La última temporada de vacaciones de Freud en Roma ocurre en 1923. En febrero de ese año, él advirtió los primeros signos de un cáncer de paladar que fue extendiéndose a los tejidos vecinos. Durante los dos meses siguientes guardó silencio sobre el asunto, hasta que, con ocasión de una visita de Felix Deutsch, le pidió examinar “algo desagradable”⁴² que tenía en la boca. El médico supuso, de inmediato, que se trataba de un carcinoma maligno; poco después, en el mismo mes de abril, tuvo lugar la primera de las 33 operaciones que le fueron practicadas. Se sabe que por aquella



41. Freud, *El malestar en la cultura*, 3034.

42. Marthe Robert, *La revolución psicoanalítica. Vida y obra de Sigmund Freud* (México: Fondo de Cultura Económica, 1978), 405.

época Freud estaba aún atenazado por el dolor que le había causado la muerte de su hija Sophie, ocurrida a comienzos de 1920. A este dolor hubo de agregarse otro, provocado por la muerte de su nieto Heinele, hijo de Sophie, en junio de 1923, es decir, el mismo año en que tuvieron lugar las primeras intervenciones quirúrgicas. Freud mismo habló del enorme impacto que le causó la muerte de su hija, pues solo había considerado como posibilidad la muerte de un hijo varón. Que el dolor causado por esta sorpresiva desdicha haya tenido una importante participación en la aparición del epiteloma es, sin duda, una tesis con la que hay que contar. Sin embargo, lo que no hay que descontar, en las muy precisas circunstancias de esta enfermedad, es el vínculo por entero inquietante que esta tiene con el sueño donde por siempre ha quedado la cifra del origen de la escena analítica: el sueño de la inyección de Irma... Allí también un médico examina esa boca que se abre para dejar ver el mal que la aqueja. El comentario que hizo Lacan a lo que este sueño dice sobre el descubrimiento freudiano puede resultar aquí —respecto del cáncer de Freud— incómodo, pero también me resulta inevitable: «Es un descubrimiento horrible: la carne que jamás se ve en el fondo de las cosas, el revés de la cara, del rostro, los secretatos por excelencia, la carne de la que todo sale en lo más profundo del misterio, la carne sufriente, informe, cuya forma por sí misma provoca angustia. Visión de angustia, identificación de angustia, última revelación del eres esto: “Eres esto, que es lo más lejano de ti, lo más informe”. A esta revelación, comparable al *mane thecel, phares*, llega Freud en la cumbre de la necesidad de ver, de saber, expresada hasta entonces en el diálogo del ego con el objeto»⁴³. Hemos de preguntarnos entonces si acaso esa necesidad de saber, que en Freud forjó la materia misma del psicoanálisis con la cual creó este giro inaudito, tuvo para él ese costo de su carne enferma... Para Freud vinieron, después de 1923, 16 años más de una agobiante tortura que jamás quiso apaciguar con barbitúricos. La prótesis, “el monstruo”, como la llamaba, hacía que para él hablar y comer fueran actividades sumamente penosas. Quizá el más eficaz borde a esa carne sufriente fue proseguir con la escritura de su obra, con los análisis que dirigió hasta un cierto momento de su vida, y con la formación de la primera generación de analistas.

43. Jacques Lacan, *Seminario II. El yo en la teoría de Freud y la técnica psicoanalítica* (Barcelona: Paidós, 1983), 235-236.

BIBLIOGRAFÍA

- BURKE, EDMUND. *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo bello y lo sublime*. Madrid: Tecnos, 1987.
- FORRESTER, JOHN. *Sigmund Freud. Partes de guerra, el psicoanálisis y sus pasiones*. Barcelona: Gedisa, 2001.
- FREUD, SIGMUND. *Cartas de viaje, 1895-1923*. Madrid: Siglo XXI, 2006.
- FREUD, SIGMUND. «El delirio y los sueños en “La Gradiva” de W. Jensen». En *Obras completas*, vol. II. Madrid: Biblioteca Nueva, 1981.
- FREUD, SIGMUND. “El malestar en la cultura”. En *Obras completas*, vol. III. Madrid: Biblioteca Nueva, 1981.
- FREUD, SIGMUND. “La interpretación de los sueños”. En *Obras completas*, vol. I. Madrid: Biblioteca Nueva, 1981.
- FREUD, SIGMUND. “Lo siniestro”. En *Obras completas*, vol. III. Madrid: Biblioteca Nueva, 1981.
- FREUD, SIGMUND. “Los orígenes del psicoanálisis”. En *Obras completas*, vol. III. Madrid: Biblioteca Nueva, 1981.
- FREUD, SIGMUND. “Psicopatología de la vida cotidiana”. En *Obras completas*, vol. I. Madrid: Biblioteca Nueva, 1981.
- FREUD, SIGMUND. “Un trastorno de la memoria en Acrópolis (Carta abierta a Romain Rolland en ocasión de su septuagésimo aniversario)”. En *Obras completas*, vol. III. Madrid: Biblioteca Nueva, 1981.
- HADDAD, ANTONIETTA Y GÉRARD HADDAD. *Freud en Italie, Psychanalyse du voyage*. Paris: Hachette, 2005.
- LACAN, JACQUES. *Escritos 1*. México: Siglo XXI, 2002.
- LACAN, JACQUES. *L'acte psychanalytique. Séminaire 1967-1968*. Paris: Publication hors commerce, Association Freudienne Internationale, 1997.
- LACAN, JACQUES. *Psicoanálisis. Radiofonía y televisión*. Barcelona: Anagrama, 1977.
- LACAN, JACQUES. *Seminario II. El yo en la teoría de Freud y la técnica psicoanalítica*. Barcelona: Paidós, 1983.
- MUTIS, ÁLVARO. “Pregón de los hospitales”. En *Reseña de los hospitales de ultramar, Obra poética*. Bogotá: Arango Editores, 1993.
- NASIO, JUAN DAVID. *Los ojos de Laura. El concepto de objeto a en la teoría de Jacques Lacan*. Buenos Aires: Amorrortu, 2006.
- POMMIER, GÉRARD. *En qué sentido el psicoanálisis es revolucionario*. Bogotá: Asociación Lacaniana de Analistas de Bogotá, Aldabón, 1997.
- ROBERT, MARTHE. *La revolución psicoanalítica. Vida y obra de Sigmund Freud*. México: Fondo de Cultura Económica, 1978.

